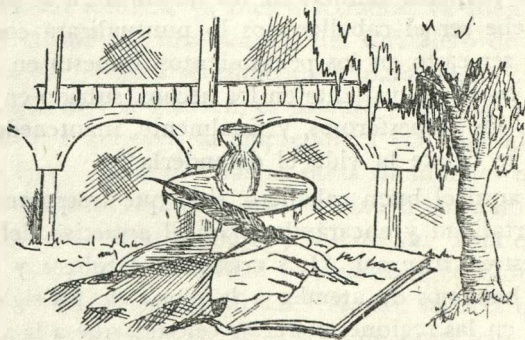


Y para no alargar citas, quiero contentarme con que recordéis el encuentro del ingenioso Hidalgo con los labradores que llevaban algunas devotas imágenes, que le sugirieron un cotejo melancólico (atisbo de la razón que había de recobrar) entre lo que hicieron los santos y lo que él mismo pretendía: “Estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos...”

“Puras y bienaventuradas ideas”, repetiré aquí, a las cuales juró fidelidad inquebrantable *Don Quijote* que siempre fue vencido y derrotado porque pretendió encerrarlas —a ellas que son expansión y energía multiforme, a ellas que son síntesis de inteligencia y de amor, de caridad y de justicia— en el único y exclusivo y anacrónico molde que le ofrecían las armaduras caballerescas.

Señores:

El nombre y la fama de Cervantes están fincados en su libro, y su libro anda de gente en gente, más de trescientos años hace y dondequiera que se habla este idioma castellano “que señorea tierras de dos mundos e islas de entrambos Océanos”. Mas la inmortalidad de *Miguel de Cervantes Saavedra*, inseparable de la del Hidalgo a quien otorgó carta de universal ciudadanía, está asegurada tanto por la lectura de los muchos y por el sabio escrutinio de los doctos, como por esta mágica viveza con que nos lo representamos cabalgando a nuestro lado, en viaje de perpetua aventura...



## D. José Celestino Mutis

Por el R. P. ALVARO SANCHEZ

Elogio fúnebre de don José Celestino Mutis, pronunciado en la Basílica Primada por el R. P. *Alvaro Sánchez* el 16 de marzo de 1957 con ocasión del traslado de sus despojos mortales, hallados en el presbiterio de la Iglesia de Santa Inés, demolida en esa misma fecha, y depositados provisionalmente en la Basílica mientras se construye el monumento que debe guardarlos en la Capilla del *Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*.

*“Propterea habeo per hanc immortalitatem; et memoriam aeternam his, qui post me futuri sunt, relinquam.”* Sap. VIII, 13.

Señor Embajador de España, señores Académicos de la Historia, señoras, señores:

Problema de apasionante interés este de inquirir los factores que determinan y presiden el devenir histórico. ¿Qué arcanos principios regulan el desarrollo de las culturas, señalan la parábola de su ascensión y decadencia, qué mano precisa el momento en que debe encenderse la estrella de un destino glorioso o apagarse el lumínar triunfante de un imperio para sumirlo en su melancólico ocaso? Para los que por divina merced tenemos prendida en la conciencia la antorcha de la fe, la respuesta es inmediata y sencilla: todo, aun aquello que a nuestro juicio aparece más enigmático, más fuera de propósito, más contradictorio e ilógico, marcha hacia los fines marcados por la mano de la Providencia. Ello no empece el que en el orden puramente humano la curiosidad infatigada del pensamiento adelante en el estudio de la filosofía de la historia, procure hallar el enlace de los acontecimientos y señalar en la marcha de las naciones el puesto que ocuparon, para su infortunio o su grandeza, determinados personajes.

Qué campo para ser descrito, estudiado y analizado el que ofrece a nuestro interés el siglo XVIII esta porción de la América hispana, cuna de nuestra raza, palenque de nuestras luchas sociales y políticas, meta de nuestros sueños y cifra de nuestros amores. Pasado había la etapa de la labor meramente colonizadora. Villas y aldeas florecían en el sosiego y la feracidad de sus campos, amodonidas las ciudades de alguna importancia en un reposo casi conventual; mas he aquí que mediada la XVIII centuria hay en la tranquila, meditativa y acaso melancólica Santa Fe, un extraño germinar de inquietudes. Por primera vez rechinaba una prensa para estampar algo así como una decena de páginas con que iniciaba la imprenta su existencia entre nosotros. El Excmo. señor Virrey don José Solís Folch de Cardona, a vuelta de una administración en que se advertían por la amplitud de los proyectos, la actividad múltiple, ordenada y fecunda, las cualidades de un verdadero hombre de gobierno, mas cuya vida privada ofrecía desganos y sombras indignas de un representante de su Majestad; dijo de pronto *adiós* a las vanidades del mundo y dio consigo en los claustros de los hijos de San Francisco. Aún se percibía en el ambiente santafereño un regalado acento de leyenda, que tal parece la historia del Virrey que se hizo fraile, aún flotaba el aroma de las florecillas que transminaba el edificante suceso, cuando llegó a Santa Fe el Excmo. señor don Pedro Messía de la Cerda, marqués de la Vega de Armijo, Bailio de la Orden de San Juan de Malta, Caballero Comendador de la Llave de Oro, Teniente General de los Reales Ejércitos, etc. con la ruda e inexplicable misión de extrañar del Virreinato, como ya lo habían sido de la Península, de los dominios ultramarinos, islas y tierra firme, a los regulares de la Compañía de Jesús. Qué silencio de muerte se debió apoderar del ánimo profundamente religioso de los santafereños cuando el lúgubre tañido de las campanas anunció que misioneros y profesores, padres graves, novicios y hermanos coadjutores, vestidos con la misma sotana que aquel heroico religioso, portento de humildad, de amor al prójimo, de caridad y abnegación, esclavo de los esclavos de Cartagena de Indias, tomaban el camino del destierro. Cómo sería el comentar en voz queda la inconsulta e irritante medida, el augurar calamidades, el difundir las más contradictorias noticias.

Con el séquito del señor Virrey, y a título de médico de su Excelencia, venía un joven, famoso ya por la seriedad de los estudios

adelantados en la Universidad de Sevilla y en el Jardín Botánico de Madrid, y más celebrado aún por la renuncia que hiciera de una ventajosa posición ofrecida con el mejor agrado por el Monarca para que fuese a perfeccionar sus estudios en París o en Bolonia; renunció que presentó para venir a tierras de América con el sólo propósito de conocer el portento de una naturaleza extraña, clasificar su flora, estudiar riquezas existentes en sus bosques y montañas para señalar luego a los nativos las sendas por donde pudiesen convertir su suelo en un verdadero rincón del paraíso.

Nuevas llegadas de las provincias del Socorro decían, —caso inusitado en el Virreinato de suyo sumiso y pacífico— que graves movimientos revolucionarios habían puesto la mecha de la mosquetería en las manos de honrados colonos. Nada bueno presagiaban noticias tales: ¿Acaso habría llegado la hora de que corriera sangre de hermanos y que la siniestra silueta de los cadalsos ensombreciera nuestros, hasta entonces, pacíficos horizontes?

Las ricas librerías de los religiosos extrañados pasaron a los anaqueles de la biblioteca pública, creada de esta suerte por el fiscal don Francisco Antonio Moreno y Escandón: por primera vez los santafereños superieron qué era tener entre las manos los tesoros de las viejas culturas y nutrir la mente con la lectura de los clásicos. Un atrevido vecino de Santa Fe desafinado el enojo de su Ilustrísima acababa de levantar a sus expensas el primer teatro. Un escrito, de modesto origen, mas de singular consagración, oriundo de Cuba, lanzó a la luz pública el primer periódico: qué complejo nuevo mundo se abría a los ojos de los criollos e indígenas, qué bullir de extrañas ideas, qué de inquietudes traía consigo cada amanecer y cada ocaso.

Mas entre tantos y tan diferentes acontecimientos ninguno tan trascendental, si bien en un primer momento pudo sorprender menos que los otros, como el decreto que el señor Virrey, adelantándose a los proyectos del soberano, dictó creando la gloriosa Expedición Botánica. Aquel joven, médico del marqués de la Vega de Armijo que, dócil a un llamamiento divino había pedido y recibido la sagrada unción sacerdotal para ser, pues ya lo era de los cuerpos, médico de las almas, y ministro y oficiante del altar de Cristo ya que desde sus años mozos había rendido culto a la Divinidad en el templo de la naturaleza, acababa de ser nombrado primer botánico y director de la expedición científica tan oportunamente creada y de tan vastas pro-

yecciones. “Hallándome informado, dice la Real Cédula fechada en San Lorenzo el 1º de noviembre de 1783, de la sobresaliente instrucción en la botánica, historia natural, física y matemática, que concurre en don José Celestino Mutis, igualmente que de su acreditado amor y fidelidad a mi real persona, de su buena conducta y ardiente celo por los progresos de las ciencias que, sin estipendio alguno, ha enseñado y promovido a sus expensas, durante su dilatada residencia en aquellas partes, por medio de varias obras que tiene escritas y ha ofrecido a mi soberana disposición, y de los descubrimientos que ha hecho de plantas útiles señaladamente del considerabilísimo de los árboles de la quina en los montes inmediatos a la capital del Nuevo Reino de Granada, he venido en nombrarlo por mi primer botánico y astrónomo de la expresada expedición por la América Septentrional que se confía a su dirección, bajo las órdenes del señor Virrey. Por tanto, mando a mi Arzobispo-Virrey, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada, a los regentes de sus audiencias, oficinas reales y demás tribunales de aquel reino, hayan y tengan a don José Celestino Mutis por mi primer botánico y astrónomo de la citada expedición, guardándole y haciéndole guardar las honras y preeminencias que le correspondan por el buen éxito de ella.”

He aquí como a través del estilo protocolario de un documento público, un tanto aparatoso y complicado de aquella época, advertimos la singular importancia, la laboriosidad insigne de don José Celestino Mutis y el concepto general de su seria y vasta preparación científica, positiva gloria de la ciencia, y por la pulcritud de su vida y ejemplaridad de sus virtudes, decoro insigne del sacerdocio católico. Habla la real cédula de “la sobresaliente instrucción en la botánica, historia natural y física”; de sus escritos, de sus descubrimientos, de su prodigiosa labor testifica la correspondencia con los más reputados científicos de su época. ¿Cómo explicar que hasta este apartado nido de cóndores, valle de hadas, tendido a 2.600 metros sobre el nivel del océano el insigne Humboldt acompañado de Bonpland, hubiese emprendido, desde la costa atlántica, largo y difícil viaje con el propósito de conocer al celeberrimo José Celestino Mutis y rendirle homenaje? Así lo dice el primero de los nombrados en carta a don José Clavijo, director del Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Copiemos sus palabras: “El deseo de conocer al célebre Mutis nos ha hecho preferir el cruel viaje por tierra al de mar. Es ya viejo Mutis, y estoy

sorprendido de los trabajos que ha ejecutado y de los que piensa llevar a cabo; es admirable que un hombre solo sea capaz de concebir y de poner por obra un plan tan vasto.” Todos los encarecimientos que le prodigaron los sabios ceden ante el elogio de Limneo: *nomen immortale quod nulla aelas unquam delebit*. Inmortal es el nombre de Mutis que no logrará borrar el correr de los siglos.

Habla el documento real del ardiente celo de Mutis por los progresos de las ciencias, que generosamente, sin asomos de interés alguno, promovió durante su permanencia en estas comarcas del Nuevo Reino; breves palabras que compendian su adivo y fecundo profesorado en los claustros rosaristas, misión extraordinariamente fructuosa por la serie de varones doctos, cabales y patriotas que modeló con sus lecciones y con la excelsa y cotidiana lección de sus ejemplos. ¿No brilló acaso entre esa pléyade de egregios Francisco José de Caldas, llamado por antonomasia *el sabio* e hijo por el espíritu del incomparable gaditano? “Celo ardiente por el progreso de las ciencias” añade el documento del monarca. A Mutis se debe la creación de la cátedra de medicina en el Colegio Mayor del Rosario; a él la difusión de la doctrina copernicana, del sistema heliocéntrico, contra los equivocados principios que triunfaban entonces en las aulas de la universidad tomista como puede verse en las tesis que allí se sustentaron contra las que proponía y demostraba Mutis. A su generosidad debemos el observatorio astronómico. La clásica silueta de ese faro del saber y de la investigación se recorta sobre el cielo santafereño como un índice que invita a la conquista de las constelaciones; *sic itur ad astra*. Celo ardiente por la difusión de las ciencias. Por ello aplicamos a Mutis las palabras del libro de la Sabiduría: “Gozará por ella de inmortalidad su memoria; y dejará a la posteridad un nombre sempiterno.”

Puntualizar lo que fue Mutis y las consecuencias seculares de la Expedición Botánica, resulta imposible hacerlo en el breve espacio de una oración laudatoria: una reflexión quizá nos diga lo que fue y lo que vale aquella empresa de titanes. Minuciosos dibujos, acuarelas trabajadas con exquisito esmero, apuntes y notas, fruto de varios años de observación e investigación de un verdadero equipo de hombres doctos preparados y dirigidos por el mismo Mutis, que hubo de comenzar por adiestrar a sus dibujantes y pintores, reposaron por casi siglo y medio en los archivos del Jardín Botánico de Madrid. No había en los presupuestos del gobierno español ni del colombiano par-

tida para emprender su publicación. Hora afortunada de triunfo para la justicia, la verdad y la ciencia fue aquella del acuerdo entre los dos gobiernos para editar en una treintena de volúmenes in folio, en láminas a todo color, la Expedición Botánica. Cuando las bibliotecas de las más nombradas universidades del mundo muestran con orgullo esta obra, a pesar del progreso de las ciencias naturales, y quizá a causa de él, esa obra será considerada como el más erguido monumento levantado por la mente del hombre a la naturaleza y a su divino Autor.

Ni la creación de la biblioteca nacional, ni la introducción de la imprenta, ni la publicación de la primera gaceta, ni el primer movimiento armado tendiente a tutelar los derechos de los criollos y a despertar una conciencia ciudadana significan para la Nueva Granada, segunda patria del gaditano, lo que la Expedición Botánica. Todos aquellos acontecimientos fueron hazañas locales, episodios de una relativa importancia, etapas de nuestra peregrinación histórica; más la Expedición Botánica tiene una importancia universal y una valencia perdurable.

Es argumento definitivo en pro de la labor civilizadora de España en las comarcas del Nuevo Continente. Cuántas veces la *leyenda negra* ha estigmatizado a descubridores y colonizadores como a personajes escapados de las prisiones, gentes maleantes y codiciosas, auténticos personajes de una prolija novela picaresca cuyo campo de reprobables aventuras fue todo el continente hispanoamericano regado de sangre y saturado de dolor, y sumido, con torcida intención, en la más lamentable ignorancia. La gigantesca labor misionera, los movimientos arquitectónicos iglesias de Quito y de México, las Universidades, los estudios superiores y la asombrosa Expedición Botánica están diciendo que la gran nación descubridora dio a las comarcas que su voluntad de imperio arrancó a las aguas del océano, cuanto de ello tenía conquistado en los campos de la sabiduría. Repasad la historia de la colonización universal y no hallaréis nada comparable ni en la nobleza de los propósitos, ni en la generosidad de su desarrollo, ni en la proyección de sus realizaciones a la Expedición Botánica, creada por el Arzobispo-Virrey y dirigida y organizada por la mente del verdadero varón de deseos, excelso por su sabiduría y venerable por su rectitud, don José Celestino Mutis.

No pocas veces al reseñar la marcha de la conquista y de la colonia las figuras religiosas ocupan, no diré un segundo, pero ni siquiera

ra un tercer plano. Bastaría recordar aquí las frases duras y despectivas con que un célebre ensayista latinoamericano califica, pongo por caso, a los doctrineros del Ecuador; otras veces, y ya podríamos darnos por satisfechos, si el silencio se tiende como un velo sobre tales actividades. Pues bien, un estudio imparcial y profundo de los progresos de la cultura en América nos mostrará al misionero ayudando al colono a descuajar la selva para echar los cimientos de los nacientes poblados, levantando la ermita para el culto a Cristo Redentor, enseñando a los nativos los rudimentos de la fe y los principios de la moral evangélica, cuidando las cunas de las futuras cristiandades, muchas veces al precio del martirio. Pasada la época del descubrimiento y de la colonia, serán ellos, los misioneros, y los pastores mitrados los fundadores de los claustros universitarios, díganlo entre nosotros Lobo Guerrero y fray Cristóbal de Torres; y en las vísperas de los grandes acontecimientos, cuando se ensanchaban los horizontes y un germinar de ideas y una inquietud de milenio advertía el advenimiento de una nueva época, serán también sayales y sotanas los genios orantes ante la luz naciente de la libertad. El sacerdocio de Mutis es argumento de cómo el altar no vela ni debilita ni embaraza la visión superior de las realidades humanas, ni la investigación de la verdad, ni el estudio de los misterios de la naturaleza, antes los sustenta y encauza.

Por último, la destacada personalidad de Mutis muerto 2 años antes de encenderse la contienda emancipadora, colocado entre un mundo que se iba y otro que surgía entre el fragor de las armas y el tibior de la sangre, del sacrificio, es un símbolo hidalgo de unión entre pueblos al parecer hostiles y entre, a primera vista, contrapuestos anhelos. Recordemos a este propósito los conceptos de don Marcelino Menéndez y Pelayo: "Si nuestros gobiernos no llegaron a prever con tiempo que el espíritu ardiente de los criollos no había de contentarse mucho tiempo con la ciencia pura, sino que había de lanzarse rápidamente a las extremas consecuencias políticas que en aquella cultura venían envueltas, aún esa misma generosa imprevisión es para sus nombres un título de gloria. Por donde se ve cómo el sabio José Celestino Mutis, sin apenas pensarlo, fue un verdadero precursor de la nacionalidad colombiana."

Y así por tres títulos pedimos para su memoria el mármol glorificador: por sacerdote del Altísimo, ejemplar y docto, virtuoso y ataviado con la túnica de la sabiduría; por investigador y adelantado en los campos del saber humano y por precursor de nuestra nacionalidad y sembrador a manos llenas de los conceptos que modelan las almas en el culto de la libertad.



Casi siglo y medio habían permanecido sus despojos mortales sepultados en el presbiterio de la capilla conventual de las religiosas de Santa Inés. Los vaivenes azarosos de épocas infortunadas arrojaron a las religiosas de la umbría paz de su claustro bien amado; al regresar a él encontraron rodeados de respeto los despojos del sabio. El empuje renovador de nuestro siglo no siempre feliz en sus proyectos, (ausentes ya de su convento las religiosas), quiso que la vetusta iglesia cayera para dar paso a una pomposa avenida. Imposible que los restos venerables del sabio respetados por la guerra, viniesen a ser triturados bajo las ruedas de un ejemplar de la mecánica moderna; la piedad cristiana, el patriotismo, exigían que antes de convertir el suelo sagrado en el asfalto de una vía, antes de turbar con el bullicio del comercio la paz de muchos despojos humanos, que allí dormían su último sueño en espera de la final resurrección, se buscasen los restos de Mutis para ofrecerles decorosa y definitiva sepultura. Hallados e identificados vinimos en esta hora a confiarlos al cuidado del venerable capítulo metropolitano mientras llega la hora de rendirle el homenaje que merecen en un monumento digno de la memoria del sabio.

Debiera en este momento solemne oírse tan sólo la lectura del artículo necrológico que Francisco José de Caldas escribió en alabanza a su maestro: únicamente la voz del discípulo sabio, el acento del mártir de la patria podría ser laude condigna del nombre esclarecido y de la sagrada memoria del sabio y ejemplar sacerdote; la Academia de Historia ha querido favorecerme con la honrosa misión de poner en manos del Capítulo de la Basílica Primada, en transitorio depósito, estas cenizas, venerandas porque fueron la urna de una mente preclara y sagradas porque estuvieron ungidas con el óleo de los elegidos. Al dar cumplimiento a la honrosa misión he deseado que, si mis palabras no lograron trazar ni siquiera la sombra del gran Mutis y traducir la emoción de este instante solemne, esa misma imposibilidad sea el tributo de la pequeñez a la grandeza.

¡Santa Iglesia de Dios!: así como en la vida diste a este insigne varón el agua purificadora en el bautismo, la unión de tus soldados en la adolescencia, el pan de la vida eterna, el perdón de sus culpas, el carácter sagrado que lo hizo tu ministro y la unión santa de los viajeros de la eternidad, y permitiste que velaran su sueño las almas puras de tus desposadas, enciende ahora la memoriosa lamparilla de un perenne homenaje, débil remedo de la gloria con que Dios, misericordioso y justiciero, corona a tus hijos para siempre.

## Esquema de Misión de la Universidad Colombiana

Por ABEL NARANJO VILLEGAS

Profesor de Sociología General y Americana en la Facultad de Jurisprudencia del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

En los últimos tiempos el país ha vuelto los ojos a la Universidad. Contradictorias tesis se emiten sobre ella y su misión, aun por los mismos encargados de orientarla. Un día se dice que tiene ella una misión política, que consiste en apersonarse de los problemas públicos y, al día siguiente con igual majestad, se le reprocha su intervención en tareas que no le incumben como las de la política. Voceros autorizados la enjuician hoy porque tienen demasiada preocupación por salir de los claustros a recoger la angustia social y mañana, los mismos, porque vive reclusa en una atmósfera de aire acondicionado.

Despojando la petulancia que es lo que implica cada uno de estos enjuiciamientos debemos plantearnos sin faramallas, con sencillez, dos cosas esenciales. La misión sustancial de la Universidad específicamente en Colombia y el modo de ejercer esa misión. Vista desde dentro la misión tiene que ser concreta y traslúcida y, vista desde fuera, el modo como esa misión se proyecta es lo que afecta directamente a los colombianos.

Ocurre que, cuando se habla de Universidad entre nosotros se dirige todo hacia la Universidad Nacional que es la costeadada con fondos del Estado. No se amplía el panorama hasta la consideración abstracta de la institución universitaria, como tal, comprendiendo en ella a la privada y a la pública. Pero, en el fondo, lo que perturba el análisis es la consideración exclusivamente fiscal de que el instituto que vive del Estado debe reflejar la orientación transeunte de su po-